

Anuario Internacional CIDOB 1997 edición 1998

Claves para interpretar la Política Exterior Española y las Relaciones Internacionales en 1997

La ampliación de la OTAN, percepciones desde España y occidente.
Carlos Miranda

La ampliación de la OTAN, percepciones desde España y occidente

Carlos Miranda
Diplomático.
Embajador de España
ante la OTAN
de 1991 a 1996.

España ante la OTAN

“¡OTAN no, bases fuera!”. Este slogan representaba el sentimiento de una gran mayoría de la población española en los años siguientes a la muerte de Franco y muy especialmente en el período que se inicia con la investidura de Calvo Sotelo a principios de 1981 y que acaba con el referendo de marzo de 1986 sobre la permanencia de España en la Alianza Atlántica. Disgustado por la decisión unilateral del Gobierno de Unión de Centro Democrático de Calvo Sotelo de pedir nuestro ingreso en la Alianza Atlántica, y teniendo en cuenta el estado de opinión de esa mayoría del electorado español, y en especial del suyo propio, el PSOE anuncia el referendo en el debate parlamentario celebrado en el Congreso de los Diputados en octubre de 1981 e incorpora esa misma promesa a su campaña electoral de las elecciones de octubre de 1982. Promete el referendo, pero tiene buen cuidado de no comprometerse con el resultado que deseaba, si bien el slogan “de entrada, no”, empleado durante la campaña contra el ingreso español en la OTAN, dejó sin duda un sabor de boca ambiguo, sino engañoso, en buena parte de su electorado que debió pensar que el referendo sería para pedir la salida de España de la Alianza. Al final, en un alarde de pericia política, el Gobierno socialista de Felipe González se fue por la vía de en medio de los dos slogans. Nuestra pertenencia a la OTAN pasó a ser “de entrada, no” a “de salida, tampoco”, acompañándola de una reducción de la presencia militar estadounidense (además de la no nuclearización de nuestro territorio y del no ingreso en la estructura militar integrada de entonces).

Conviene recordar que el referendo fue ganado por el Gobierno socialista con un amplio margen y que el mero hecho de que no lo convocara justo después de las elecciones de 1982 indicaba ya que prefería el mantenimiento de España en la OTAN, en condiciones especiales, y que, además, supo utilizar este tema en el marco general de la negociación del ingreso de España en la ahora Unión Europea, pues ambas cuestiones están relacionadas, aunque ello no fuese percibido con tanta claridad como lo es hoy en día, no ya por la opinión pública, sino tampoco entre muchos especialistas y muchos políticos. Sin duda, conviene recordar también la actitud del partido de Alianza Popular, progenitor del actual Partido Popular, entonces firmemente dominado por Manuel Fraga, que llegó a pedir la abstención, “aunque el cuerpo le pedía el no”, perdiendo de vista el interés del Estado, sustituido por el interés partidista.

¿Por qué en España una gran mayoría de los español-

les no deseaban el ingreso de nuestro país en la OTAN cuando, en cambio, deseaban hacerlo en la entonces Comunidad Europea? ¿Por qué, por otra parte, los países centroeuropeos y los que pertenecieron, de un modo u otro, al imperio soviético están llamando, y con fuerza, no sólo a la puerta de la Unión Europea sino también a la de la OTAN? En el caso español la respuesta radica en una capa interior de antiamericanismo (a pesar de haber asimilado la cultura de la Coca Cola y los vaqueros) que aflora, quizás con excesiva facilidad, en cuanto se rasca la superficie. Este antiamericanismo se encuentra tanto en sectores de la izquierda como de la derecha por motivos que a veces coinciden y a veces son de distinta naturaleza. El antecedente histórico puede buscarse en la guerra que Estados Unidos nos declaró en 1898 y que significó la pérdida de nuestras últimas colonias americanas y de Filipinas, además de una derrota militar, algo que siempre duele, sobre todo si existe, como es el caso, el sentimiento de que era una guerra injusta. Además muchos cuestionan, y con razón, el carácter *libertador* con el que se presentó Estados Unidos. Puerto Rico tiene un estatuto peculiar que

“Si bien es cierto que nada se puede hacer sin EEUU, Washington tampoco puede imponer por sí sola su voluntad”

lo sitúa en la práctica dentro del ámbito interno norteamericano. Hasta la llegada de Castro, Cuba fue, de hecho, una colonia norteamericana regida por la mafia de ese país. En Filipinas el neocolonialismo norteamericano ha sido y sigue siendo una realidad. Si a todo lo anterior unimos el apoyo de Washington a regímenes autoritarios en América Latina, así

como sus injerencias políticas y militares en países de esta zona, entonces también se puede comprender que este imperialismo norteamericano disguste en gran medida a una opinión pública española apegada a sus parientes del otro lado del *charco*. Pero ahí no acaba el problema. Tras la Segunda Guerra Mundial, España permanece bajo una dictadura de corte fascista con la que, además, cuando la Guerra Fría arrecia, Estados Unidos concluye unos pactos militares que no dejan de reforzar el régimen franquista.

Estos sentimientos antinorteamericanos brotaron fácilmente porque OTAN es sinónimo de Estados Unidos para muchos sino para casi todos. Por otra parte hay que añadir otro dato muy

importante, y es que la opinión pública española nunca ha tenido una percepción real de la amenaza soviética. Nos hallamos demasiado lejos de Moscú y las heridas que estamos cerrando son las de nuestra guerra y no las de la Segunda Guerra Mundial en la cual, afortunadamente, no participamos. Tampoco había una visión clara de la relación entre la pertenencia a la OTAN y el ingreso en la entonces Comunidad Europea. Afortunadamente el tema de la OTAN se ha suavizado extraordinariamente desde la celebración del referendo y ya no divide profundamente a la sociedad española, como ocurría antes. En cierto modo este tema, tras ser resuelto, se ha *alejado* de la opinión pública, y son pocos los irreductibles en su oposición. Pero la situación española no es la de los países centroeuropeos, ni la de los antiguos países satélites de la URSS. Con la caída del muro de Berlín la situación geopolítica del continente europeo, y mundial, se ha modificado. La URSS se ha reducido a Rusia. Es bastante menos, pero sigue siendo mucho. Más cerca se sienten los efectos de una emergente hegemonía alemana. Conviene pues examinar todos estos aspectos, sin perder de vista el ánimo de reforma y la percepción de los cambios que implicó en y para la OTAN la caída del muro de Berlín.

La nueva OTAN

El fin de la Guerra Fría parecía implicar el ocaso de los dos pactos o alianzas militares que hasta entonces se enfrentaron: OTAN y Pacto de Varsovia. Sin embargo ello no ocurrió porque ambas tenían finalidades distintas. El Pacto de Varsovia fue esencialmente un elemento de control de sus países satélites por la URSS que nunca dudó en llegar al ejercicio de la fuerza militar para volver a controlar a sus satélites si éstos se desmandaban, como quedó claro en Hungría y posteriormente en Checoslovaquia. Sólo Albania logro salirse del Pacto, pero su situación política interna, que seguía siendo comunista y, sobre todo, la interposición geográfica de la Yugoslavia de Tito, distanciada de Moscú, impidieron una reacción militar en este caso. Por el contrario, la OTAN tiene un componente democrático que el Pacto nunca tuvo. Sin duda el peso de Estados Unidos, el *socio mayoritario*, es enorme y determinante, pero el consenso se logra democráticamente. Si bien es cierto que nada se puede hacer sin Estados Unidos, también es verdad que Washington tampoco puede imponer

por sí sola su voluntad. La OTAN sigue teniendo como su principal objetivo el mantenimiento de unos Estados Unidos comprometidos con la seguridad de Europa. El viejo dicho era que la OTAN se había hecho para “mantener a los norteamericanos en Europa, a los rusos fuera y a los alemanes bajo control”. En inglés la frase suena más lapidaria: “*To keep the Americans in, the Russians out and the Germans down*”. Hoy en día los rusos no representan un peligro ni ideológico ni militar (si bien su arsenal nuclear no es despreciable) para el mundo occidental y en especial para Europa Occidental. En cuanto a Alemania, democrática y unificada, de este fin de siglo, ya no despierta los mismos recelos que a finales de la Segunda Guerra Mundial, hace ya más de cincuenta años, aunque su renacida prepotencia inquieta a más de uno.

La OTAN se ha transformado profundamente, eliminando la apariencia que hacía de ella la pareja del fenecido Pacto de Varsovia. Hoy en día es un instrumento de cooperación y diálogo en materia de seguridad en el continente europeo, un medio para operaciones de mantenimiento de la paz, todo ello sin perder su carácter fundamental de Alianza defensiva. De ahí que, en términos generales, podamos hablar de una *nueva* OTAN cuyos primeros pasos fundacionales o transformadores se dieron ya desde la cumbre de la Alianza de Londres en 1990 y han proseguido no sólo de cumbre en cumbre, sino también en los consejos ministeriales y en muchos de los ordinarios que se celebran en la sede de la OTAN en Bruselas. Es más, la Alianza seguirá evolucionando para adaptarse a las condiciones de su entorno y ello simplemente porque el dicho de antes sigue siendo válido, sin perjuicio de que convenga matizar adecuadamente la interpretación que se debe hacer del mismo hoy en día. En primer lugar hay que mantener a los norteamericanos involucrados en la seguridad europea por la sencilla razón de que, con o sin Unión Europea, los europeos somos incapaces de garantizar la seguridad, y aún menos la defensa, de nuestro propio continente, ni realizar grandes operaciones de proyección militar. Una situación que se prolongará durante mucho tiempo porque ni la Unión Europea ni sus principales países -agrupados en algo paralelo como puede ser la Unión Europea Occidental (que, dicho sea de paso, debería integrarse en el seno de la Unión Europea)- son capaces de tener instrumentos necesarios para su defensa, comparables a los de los norteamericanos. Por diversos motivos, esto será así durante

mucho tiempo. La demostración más reciente está en el conflicto de la antigua Yugoslavia. No ya unas Fuerzas Armadas de la Unión Europea, sino incluso una puesta en común de sus propias Fuerzas nacionales de un modo autosuficiente y completo, son hoy en día un espejismo que no podrá ser realidad más que en un plazo de tiempo muy largo. Para alcanzar este objetivo, hay que empezar a construir (lo que se hace, pero sin suficiente rigor) y dejar de soñar como hacen algunos, a veces honestamente, otras intentando vender a la opinión pública fábulas, lo cual resulta muy inquietante porque a la larga se acaba engañando y cansando a esa misma opinión pública. En segundo lugar hay que seguir manteniendo a los rusos fuera en las materias específicamente relativas a la defensa de Europa Occidental. Por el contrario, en el campo mucho más amplio de la seguridad militar, conviene cooperar estrechamente con la Rusia renacida de las cenizas de la URSS. Pero esa Rusia democrática, estable y pacífica, no tiene aún suficientes credenciales para formar parte de la defensa occidental en términos militares. En términos políticos sí, e incluso puede participar, como ya lo está haciendo, en operaciones militares controladas por la OTAN. Prueba de ello es que no ha pedido su ingreso en la Alianza, y si no lo ha hecho es porque sabe que ello no es, al menos todavía, realista. Rusia está y estará durante bastante tiempo bajo *observación y prevención* hasta que logre ser una democracia estable tanto política como económicamente, lo cual llevará aún mucho tiempo. En tercer lugar sigue siendo necesario que Alemania no se quede aislada. Cierto es que la Alemania de hoy en día no es la del pasado, pero para que ello siga siendo así es imprescindible que Alemania no esté sola ni se sienta aislada. De ahí la importancia de tenerla incluida en todos los proyectos comunes europeos, no sólo porque de hecho resulte imprescindible para ello. En el marco político-económico la respuesta es la Unión Europea. En el marco político-militar la respuesta es la OTAN, único instrumento capaz de impedir la *renacionalización* de las defensas europeas, es decir, un ejército alemán sin control externo, manteniendo al mismo tiempo la eficacia militar imprescindible, cosa que los europeos no podemos hacer aún en el marco de nuestras propias instituciones, como ya se ha dicho más arriba. En realidad, Europa Occidental tiene que poder contener a dos gigantes, uno externo, Rusia, y otro interno, Alemania, lo cual sólo se puede hacer con el contrapeso de otro gigante,

externo pero occidental, como es Estados Unidos. Ello implica, naturalmente, su precio, pero no queda otro remedio para contener el peso y el empuje, de naturaleza muy distinta, del ruso y del alemán.

Ahora bien, ¿qué es y qué significa el término Europa Occidental? A efectos geopolíticos, durante la Guerra Fría, este término tenía tanto un significado geográfico como ideológico. Con él se designaba geográficamente a los países que no estaban en la órbita soviética, o rusa, e ideológicamente a aquellos países de esa Europa libre que tenían una economía de mercado y eran democráticos. De hecho, no todos los países de la Europa Occidental eran realmente democráticos, pero sí al menos anti-comunistas. La península ibérica, hasta la restauración de la democracia en Portugal y luego en España en la década de los setenta y, en determinados momentos Grecia y Turquía, son un claro ejemplo de ello. Hoy en día, nuestras democracias occidentales comparten unos valores semejantes tanto en el aspecto político como económico. Se pueden encontrar matices diferenciadores, pero, en esencia, se trata de una misma cultura de convivencia, cualquiera que sea el continente y, muy esencialmente,

“Históricamente Europa nunca se ha limitado a los países que durante la Guerra Fría se encontraban al oeste del telón de acero”

si nos fijamos en Europa y en el norte del continente americano, donde dos países, Estados Unidos y Canadá, intervinieron militarmente en Europa con ocasión de las dos guerras mundiales que la azotaron, contribuyendo a salvar las democracias europeas occidentales, y pagando por ello un precio muy alto en vidas humanas.

Si en tiempos de Roma se llamaba al Mediterráneo el Mare Nostrum porque en todas sus orillas predominaba la cultura romana, el Mare Nostrum de hoy en día es sin duda esencialmente el Atlántico Norte. Pero ese conjunto de valores no queda restringido a los países de esa zona geográfica. Esta cultura occidental democrática existe también en otros países que no pertenecen al Mare Nostrum atlántico antes descrito. Por ahora nadie ha propuesto abrir las puertas de la OTAN a esos países de mentalidad político-económica occidental pues su lejanía geográfica no lo justifica. Sin embargo, ello no impide que, respondiendo recientemente al oportuno mandato de la ONU, países de esta naturaleza participen en operaciones militares de mantenimiento de la paz en las que la OTAN

sirve de núcleo director y amalgamador. En Europa, no obstante, la caída del muro de Berlín y la subsiguiente democratización de casi todas las ex colonias europeas de la URSS y de algunos países que la integraban obligan forzosamente a reevaluar cuáles son los países europeos que comparten ahora esa misma cultura de convivencia político-económica. Históricamente Europa nunca se ha limitado a los países que durante la Guerra Fría se encontraban al Oeste del *telón de acero*. La caída del mismo permite pues, por definición, la ampliación del perímetro eurooccidental. Cuatro problemas se plantean entonces. En primer lugar, qué países son los candidatos potenciales; en segundo lugar, cuáles (sin excluir teóricamente su totalidad) deben o pueden incorporarse a las dos instituciones que definen sin lugar a dudas ese carácter eurooccidental, es decir, la Unión Europea y/o la Alianza atlántica; en tercer lugar, cuál es el momento político más oportuno y, en cuarto, de qué manera hacerlo.

Cuáles, cuándo y cómo

En la Unión Europea, la incorporación de Rusia significaría un desequilibrio tal que el canciller alemán Kohl ya se encargó en su día de poner un límite geográfico a la posible ampliación de la Unión hacia el Este: Polonia. Ello parece excluir tanto a Rusia como a Ucrania y algún otro *país menor* como Bielarrús, estableciendo así por ahora un perímetro relativamente definido de posibles ampliaciones de la Unión Europea. En la OTAN el tema se plantea de un modo distinto por el mero hecho de que la pertenencia de Estados Unidos a la Alianza obliga a un enfoque de partida distinto y a objetivos de futuro asimismo diferentes. En efecto, la primera pregunta que cabe hacer es la de si Rusia puede o no ser miembro de la OTAN, con independencia de que quiera serlo o no. Desde un punto de vista teórico, nada impediría su adhesión al Tratado de Washington. Otra cosa es determinar si, en ese caso, el Tratado perdería toda razón de ser o necesitaría una importante readaptación. Además, el compromiso de defensa mutua se vería muy afectado en función de los vecinos que tiene Rusia, cuya inclusión, además, sería inconcebible sin la de Ucrania y Bielarrús. Esta cuestión es pues, en gran medida retórica, sobre todo en este momento en el que no se dan las condiciones para una ampliación de la Alianza a Rusia y en el que tampoco Moscú pretende su ingreso. En realidad lo que los rusos quieren

es poder influir en las decisiones de la OTAN desde su propia perspectiva inicial, llegando incluso a la posibilidad de vetar las decisiones del Consejo Atlántico, algo evidentemente inaceptable para los miembros de la Alianza. Sin embargo, los mecanismos de consulta establecidos entre Rusia y la OTAN dan a la primera la posibilidad de introducir en el marco de la OTAN todas las consideraciones que a Moscú le merezca cualquier asunto relativo a su relación con la Alianza o a las actuaciones de la OTAN (y viceversa). La Alianza considerará el punto de vista ruso y lo tendrá en cuenta o no, pero tomando sus decisiones con plena independencia. De este modo la noción de un veto ruso desde fuera desaparece. Por ahora este sistema debería poder funcionar.

¿Pero qué otros países podrían ser candidatos al ingreso en la OTAN? A estos efectos la OTAN estableció en su momento una lista de criterios. Pero por muy útiles y acertados que resulten, a nadie se le escapa que éste es un tema esencialmente político y que lo importante es que el candidato haya consolidado sus credenciales democráticas y su transformación hacia una economía de mercado si se trata de países que o bien formaban parte de la URSS o estaban bajo el control ruso. Países como Polonia, la República Checa y Hungría, invitados a iniciar unas conversaciones encaminadas a su ingreso en la Alianza con ocasión de la reciente cumbre de Madrid constituyen el arquetipo de lo deseable. Desde el punto de vista occidental, sin embargo, la designación y aceptación de candidatos se complica en función de diferentes factores, algunos de ellos ya han sido mencionados. A Rusia no se le concede un veto en esta cuestión como en otras, pero los mecanismos establecidos de consulta y cooperación entre la OTAN y Moscú ponen en evidencia que se quiere contar, al menos, con la no oposición rusa, sin perjuicio de que Moscú pueda expresarse hacia el exterior del modo más conveniente para sus intereses, sobre todo los de carácter interno. Es obvio, por otra parte, que el ingreso de Hungría no tiene las mismas implicaciones que el de Polonia. Pero hay más, el ingreso de los tres países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) es algo bastante más delicado. Llevar adelante una decisión de este tipo requerirá una gran dosis de diplomacia y de firmeza, además sin perder de vista que, de pretenderlo, la OTAN no puede dar la impresión que no se atreve a ello pues equivaldría a dejar, o al menos

lo parecería, ciertas partes de Europa en la órbita de influencia rusa aunque cumplan las condiciones de ingreso en la Alianza atlántica (un razonamiento que se aplica también al caso de la Unión Europea). Por su parte Ucrania, que aún no parece estar suficientemente vertebrada internamente, contará cada vez más a medio plazo. No hay más que mirar un mapa. Actualmente los mecanismos de consulta establecidos entre la OTAN y Kíev no conllevan el peso más específico de los que se han establecido con Rusia (que sigue siendo una potencia nuclear), pero lo que Kíev diga no podrá ser pasado por alto en futuras ampliaciones que, como en el caso ruso, también puedan acercar la OTAN a sus fronteras. A todo lo anterior hay que sumar una complicación más, y es la actitud de ciertos países hacia la OTAN y una opción de defensa europea. Algunos aún no han comprendido que no se puede disociar ambos aspectos, pero en ciertos casos, por el mero hecho de pertenecer a la Unión Europea, tendrán que superar su contradicción e ingresar en la Alianza. Los ejemplos más evidentes son los de Suecia, Finlandia y Austria, además del caso especial de Irlanda. Pero habrá otros que caigan también en esta lógica, como pueden ser los tres países bálticos si consuman su ingreso en la Unión Europea.

En el fondo, la asimetría participativa de la Alianza Atlántica, de la Unión Europea y de la Unión Europea Occidental deberá tender hacia una mayor simetría desde el lado europeo. De ahí, pues, que la ampliación de la OTAN no tenga los mismos baremos geográficos (y, consecuentemente, políticos) que la Unión Europea y la Unión Europea Occidental, éstas dos últimas europeas por esencia. Por el contrario, la OTAN, de hecho, ya no tiene fronteras a partir del momento en que ha empezado a actuar en lo que se llama “fuera de área”, debate que consumió muchas energías, incluso demasiadas, durante la Guerra Fría. El mero hecho de que la Alianza haya salido de las fronteras *autoimpuestas* durante la Guerra Fría y esté actuando en la antigua Yugoslavia pone en evidencia no sólo una capacidad potencial para ser el núcleo integrador de coaliciones militares en escenarios fuera de Europa (no sólo pues en Europa, como en el caso de la ex Yugoslavia), sino también la posibilidad que ciertos países no europeos se vean asociados a las decisiones de la OTAN en determinados casos o, incluso, que algunos de ellos se conviertan en futuros miembros de

la Alianza. Mientras el marco geográfico de ampliación de la Unión Europea, al igual que sus objetivos, está bastante bien definido, el de la nueva OTAN es más amplio tanto en la cuestión de quiénes pueden ingresar en ella plenamente, o asociarse a la misma con los mecanismos apropiados, como en lo que se refiere a los posibles escenarios de actuación. En definitiva, la Alianza no tiene límite geográfico alguno que no sea el reflejado por la voluntad política de sus miembros en un momento determinado (y, en todo caso, para una operación militar), siempre y cuando los valores compartidos por los miembros de la Alianza lo sean también por el nuevo miembro o, incluso, el asociado. Si Francia, por poner un ejemplo, ha actuado y sigue actuando militarmente a su antojo en África, ¿por qué no podría hacerlo la UEO como “brazo armado de la Unión Europea”? ¿Por qué, en tal caso, la OTAN debería ceñirse al perímetro europeo, y esencialmente centroeuropeo, como lo está haciendo ahora? Toda la labor de diálogo que la OTAN realizó hacia el Pacto de Varsovia durante la Guerra Fría, consiguiendo medidas de confianza y de desarme, no está siendo

“Los mecanismos de consulta y cooperación entre la OTAN y Moscú ponen en evidencia que se quiere contar, al menos, con la no oposición rusa”

suficientemente valorada hoy en día, pero no tiene por qué ser descartada en otros ámbitos no europeos, como, por ejemplo, la Cuenca mediterránea. La *nueva* OTAN, sin perder su elemento esencial de pacto de defensa (artículo V) y su capacidad de actuar fuera de área (artículo IV) se ha convertido en un instrumento de diálogo y cooperación que contribuye a la paz y a la seguridad europea, pero que puede recurrir, en caso necesario, a métodos militares. Pero este tipo de misión no tiene por qué ceñirse a Europa. Ciertamente, la ONU debería encargarse de ello pero no tiene, ni tendrá, los medios necesarios para ello, sobre todo si se trata de operaciones a media o gran escala y que bordean o están claramente en el marco del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. De ahí que la OTAN pueda cobrar una connotación mundial que hoy en día no tiene, puesto que aún sigue en su ámbito regional, eso sí, habiendo roto el tabú de la no participación en operaciones fuera de área. Estados Unidos soportó el peso militar de la guerra del Golfo, pero apoyándose esencialmente

en sus aliados de la OTAN e incorporando también a Fuerzas de otros países no sólo de la zona sino incluso tan alejados como Argentina. Pero la guerra del Golfo ocurrió cuando la URSS y el Tratado de Varsovia existían aún, lo cual centraba esencial y formalmente la atención de la Alianza. Hoy en día, en cambio, nada impide que, en ausencia de otras prioridades que atender en Europa, la OTAN pueda ocuparse de resolver conflictos y mantener la paz fuera de Europa. Cabe pues afirmar que, a medio plazo, la capacidad de actuación y de ampliación de la OTAN es muy grande y que la Alianza es un instrumento cuya única limitación respecto a las ampliaciones es que las nuevas incorporaciones no pongan en tela de juicio tres elementos: en primer lugar, su autonomía política internacional (la OTAN no pertenece, por ejemplo, al sistema de Naciones Unidas); en segundo lugar, su capacidad y eficacia militar, que, siendo uno de sus mayores activos, no sólo no se vea mermada sino incluso mejorada; y, en tercer lugar, la ampliación ha de acomodarse apropiadamente a la oportunidad política del momento.

A corto plazo son otras las ampliaciones previstas, como ya hemos visto. Las *convencionales*, por decirlo de otro modo, o “gente como uno”, como diría una persona con claros sentimientos clasistas. En este caso tan restringido en el que la Alianza entreabre sus puertas con gran prudencia, lo importante no es sólo que los candidatos cumplan las condiciones exigidas, sino también y sobre todo que estén dispuestos a compartir los objetivos de la *nueva* OTAN en la que van a entrar, sin aferrarse a los antiguos, los de la Guerra Fría. Es evidente que el impulso básico de los tres países invitados en la Cumbre de Madrid es instalarse no ya bajo el paraguas protector de la Alianza, sino específicamente del norteamericano. Razones históricas, sobre todo muy recientes, hacen que se entienda esta reacción ya que desconfían de los rusos. En política exterior, a ciertos países cercanos al aliento ruso y a otros más alejados, les cuesta distinguir y separar claramente en términos históricos la política exterior zarista, luego soviética y la de la Rusia actual: para ellos, y hasta nueva orden, los rusos siempre han sido los rusos. Pero hay que impedir que por ese instinto básico la política aliada de cooperación con Rusia, Bielarús y Ucrania quede desbaratada, y que una visión renovada de la OTAN actual pueda quedar anulada.

Debe quedar patente que la Alianza Atlántica de hoy en día ha evolucionado claramente hacia la cooperación en temas de su competencia y hacia operaciones de mantenimiento de la paz. Eso sí, la primacía que ha adquirido en términos prácticos el artículo IV sobre el artículo V del Tratado de Washington no invalida que el sustrato esencial sobre el que dicho Tratado está fundado es el compromiso de ayuda mutua y defensa del artículo V. El hecho que las operaciones fuera de este artículo V hayan cobrado, junto a la cooperación y el diálogo, una preeminencia insospechada hace años, y acertada hoy en día, no debe hacer olvidar cuáles son los compromisos esenciales que los nuevos miembros van a adquirir, pero tampoco dónde está situada la prioridad actual de la OTAN. En realidad esta advertencia no sólo habría que hacérsela a los nuevos miembros de la OTAN, sino también a algunos de los actuales, pues la renovación de la Alianza forma parte del precio a pagar para mantener a Washington vinculada con los eurooccidentales en sus intereses comunes en y fuera de Europa.

Por ser el elemento más importante, hemos repasado ampliamente los parámetros para determinar quiénes pueden ser en el futuro nuevos miembros de la OTAN renovada y quiénes por el momento tienen más probabilidades de alcanzar ese objetivo, todo ello con un ánimo de prospectiva que, confesamos, es voluntariamente provocante, sobre todo si acabara prevaleciendo otra tesis, ésta mucho más restrictiva, según la cual una vez que Alemania tenga sus fronteras rodeadas de países amigos no caben otras ampliaciones. Como hemos podido apreciar, el *quién* ya es un tema eminentemente de decisión política, sin perjuicio de todos los condicionamientos que se quieran inventar o catalogar. El *cuándo* es también una cuestión eminentemente política. Depende del candidato y de la situación política internacional en el momento dado. Incorporar a, por ejemplo, Irlanda, por poner un ejemplo, o incluso a Austria, no tiene las mismas implicaciones que la adhesión a la Alianza de Rumania, de un país báltico, o incluso de la propia Finlandia. Cada cosa tiene su medida y, por lo tanto, su momento político. Conviene mirar los nuevos mapas de nuestro con-

tinente europeo. Consecuentemente el *cuándo* es tan político como el *quién*, y ambos aspectos están profundamente ligados. El *cómo* es, en cambio, un tema mucho más técnico. La interope-rabilidad de las Fuerzas Armadas puestas a disposición por los países miembros de la OTAN es un dato básico pues afecta a la eficacia militar de la Alianza que debe ser real para mantener la credibilidad de su potencial militar del modo más disuasorio posible. Como ya se ha dicho, la ampliación de la OTAN no sólo no debe debilitar política y militarmente a la Alianza sino que también debe potenciarla aún más.

En definitiva, la percepción desde Occidente de la ampliación de la Alianza debe ser considerada dentro de un contexto nuevo, pero sin perder contacto ni con el pasado ni con la realidad presente. El pasado es simplemente la Historia de nuestro continente, pero la Historia también es presente y futuro. En este contexto actual y por desarrollar, tiene gran importancia la aparición de nuevos tipos de focos de inestabilidad en nuestro continente, pero también su existencia o aparición fuera del mismo y que pueden afectar a nuestra seguridad. Por otra parte no sólo Alemania ya no está dividida, sino que tampoco lo está Europa. La ampliación de la OTAN, como la de la Unión Europea, es algo a lo que aspiran legítimamente países reconvertidos a nuestro tipo de democracia y con economías de mercado. Las ampliaciones deben hacerse de un modo paulatino por razones de prudencia interna de la OTAN (y de la Unión Europea) para que los nuevos miembros puedan ser absorbidos sin mermar, debido a entradas *masivas*, ni la eficacia de las instituciones a las que se adhieren ni el planteamiento de sus objetivos. Al mismo tiempo conviene tener en cuenta la perspectiva de quienes no pueden aún adherirse y de quienes no quieren hacerlo. Estamos entrando en una nueva época y la ampliación, o ampliaciones, de la OTAN se desarrollará en estrecha conexión con la evolución de la situación internacional.